

Novela Popular⁷ Cinematográfica

Año III
Número 94

Acero y
Voluntad



25 céntimos

Protagonista
Charles Jones

Voluntad
y Acero

III año
Nº 49

Charles Jones
Protagonista

25 céntimos

Acero y Voluntad

Argumento, en forma de novela, de la interesantísima película así titulada. Producción de la importantísima casa «Fox», de la que es concesionaria para España y Portugal «Hispano Foxfilms, S. A.», Valencia, 230.

PROTAGONISTA: CHARLES JONES

I

Para emociones, sobresaltos y gastos... nada como una carrera de automóviles. Seguir la ruta de los que compiten para ganar la Copa Vanderbilt en Beverley Hills, es como alcanzar el pináculo de la Aventura. De todas las partes de la nación acuden gentes para presenciar el gran espectáculo deportivo.

Pocos días antes de la carrera, en todos los rincones del gran país, los fabricantes de autos preparan sus nuevos modelos para tomar parte en la carrera.

El fabricante Dutton Hardmere no hizo aquel año nuevo modelo. Haría correr su marca «Dorado», que era favorita de los que cruzan apuestas.

El conductor de este auto, llamado Hardy Lecker, estaba en combinación con René Masters, agente de Rufue Tyler, fabricante de otra marca de autos llamada «Tyler Special», y competidor, por lo tanto, de Hardmere.

Por esta razón, unos días antes de que partieran para el lugar de la carrera, como ambos fabricantes tuvieran cruzada otra apuesta particular, que había de ser ganada precisamente en el recorrido hacia el lugar donde había de disputarse la Copa Vanderbilt, Masters visitó a Hardy y le dijo:

—Aunque seas el chófer de Hardmere, recuerda que nosotros te tenemos a sueldo.

—No olvido nunca mis compromisos.

—Perfectamente—añadió Masters entregando a Hardy algunos billetes.—¡Cuidado con hacernos una jugarreta, porque Tyler y yo vamos a acompañarte en este viaje desde un aeroplano!

—¡Pueden ustedes estar seguros de que yo no falto a mi palabra!

Mientras así hablaba el chófer con uno de los enemigos de su patrón, en la morada de éste toda la aristocracia del automóvil bailaba y esperaba la hora de partir a recibir las emociones de la gran carrera. Naturalmente, allí estaba también Rufue Tyler, que era una especie de Don Juan y que hacía ya algún tiempo que galanteaba a la propia esposa de Hardmere. Esta, que era una mujer frívola, aceptaba complacida aquellos galanteos. Era segunda mujer de Hardmere, el cual había ganado bastantes millones fabricando automóviles y entendía mucho más de motores que de mujeres.

Por entender poco de esto, seis meses antes se había casado con aquella mujer frívola, que era una mariposilla del Broadway. Aquel matrimonio, totalmente desafortunado, había dado lugar a que una hija de Hardmere, de su primer matrimonio,

huyera del hogar. Esta muchacha no congeniaba con la nueva esposa de su padre, ni quería tampoco sufrir las impertinencias de que ella quería hacerla víctima.

Cuando el baile estaba más animado, entró un detective y Hardmere marchó con él a su despacho. En cuanto estuvieron en aquella estancia, el detective dijo:

—Mis agentes me avisan que hay indicios fundados de que su hija se halla en Los Angeles. Mañana emprenderé el viaje en su busca.

—Bien. En Los Angeles me reuniré con usted, pues que hemos de ir allí para tomar parte en la carrera. No omita gastos para encontrarla.

A los ojos de Hardmere, Marie, su hija, no era más que una chiquilla consentida y caprichosa, y sin armas de ninguna especie para abrirse paso, por sí sola, en la lucha por la vida. Por eso tenía tanta impaciencia por encontrarla.

Después de algunas breves palabras más, el detective salió, y Hardmere, preocupado, se acercó a un balcón que daba al amplio jardín de su morada. Cuando iba a abrir las maderas, se dió cuenta de que al pie del balcón, casi ocultos entre las plantas, estaban su esposa y Tyler, charlando amistosamente. Era ella especialmente la que decía palabras comprometedoras, y ello obedecía a que Tyler, que había sido muy galante con ella, cuando la vió casi vencida se volvió más moderado. Tan comprometedoras eran las palabras de ella, que Tyler le dijo:

—Debemos ser prudentes, pues me parece que tu marido sospecha de nosotros.

—¡No te preocupes!—repuso ella riendo.

Sin querer, Hardmere oyó todo esto. Lo cierto es que antes no había sospechado nada y que aquello fué para él una revelación.

Mandó a un criado a decirle a Tyler que le esperaba allí en el despacho. Tyler se presentó en seguida, y también Lorraine, que así se llamaba la esposa de Hardmere. Este sonrió al verles entrar juntos, y cuando iba a decir algo, Tyler, anticipándose, dijo:

—¿Para qué me ha mandado usted llamar, Hardmere? ¿Acaso tiene que hacerme alguna observación sobre la carrera de mañana, con motivo de ir a la otra carrera por la conquista de la copa?

—¡Sí! ¡Quiero que hagamos una apuesta mayor! ¡Una apuesta por valor de todo lo que posee! ¿Le parece bien?

—¡Encantado!

—¿A cuánto sube su capital?

—A unas cien mil pesetas.

—Van, pues, apostadas cien mil pesetas.

—Van.

—La presencia de mi mujer aquí, en este momento, es muy oportuna, pues la apuesta tiene mucho que ver con ella...

—¿Cómo?...

—Lo sé todo...

Y dirigiéndose a su mujer, agregó:

—A no ser por ti, mi hija estaría aquí conmigo. No hay sitio en mi casa para una mujer coqueta... Haz tus maletas y vete...

Dicho esto, se dirigió de nuevo a Tyler y le dijo:

—Me ha quitado usted a mi esposa... ¡Está bien! ¡Quédese con ella! Me divorciaré para que puedan ustedes casarse... y ésa será mi venganza... Ahora, fírmeme un cheque por las cien mil pesetas que posee... Ganaré la carrera de mañana y le arruinaré...

A la mañana siguiente partieron los autos de ambos contendientes. Desde la altura, Tyler, acom-

pañado de la esposa de Hardmere, seguía los incidentes de la carrera desde un aeroplano. Desde otro, Hardmere y un íntimo amigo los observaban también.

En Painted Hills, un pueblecito cercano a la frontera de California, hacía donde los dos automó-



viles corrían a toda velocidad, como meteoros, todas las gentes aguardaban su paso, en los alrededores de un taller de reparaciones de autos que allí tenía Jack Darwin, en otro tiempo famoso corredor de automóviles. Jack, que es el protagonista de este relato, aguardaba también con impaciencia. Las carreras habían sido la pasión de toda su vida. Los tres hombres que tenían fama de *sabios* en el pueblo, se acercaron a Jack y le dijeron:

—Es una vergüenza que no tomes ya parte en las carreras, Jack.

—No puede ser... No volveré a correr... Ustedes saben por qué...

—Sí, lo sabemos, pero no sería difícil hacer consertir a tu madre.

Jack había dejado de tomar parte en las carreras a ruegos de su madre, una viejecita que le idolatraba y que tenía miedo de que le ocurriese algún accidente mortal...

José, un negro delgado y saltarín, mecánico de Jack, oía aquella conversación esperando que su patrón se decidiera a correr de nuevo, para compartir con él la gloria que ganan los vencedores.

Jack, mirándole, le dijo:

—Tú y yo hemos recorrido muchas leguas... Cuando dentro de poco pasen por aquí los autos devorando las distancias, sentiremos la nostalgia de nuestra antigua profesión. ¡Qué pena!

—Sí que es una pena, y muy grande—repuso José con tristeza.

Pero mucho más triste que él estaba su patrón, que durante todo el día no acertaba a hacer nada de provecho. ¡Ni siquiera tenía deseos de comer! Tantos recuerdos agradables le traía a su mente el hecho simple de que dos autos fueran a pasar por allí volando.

Su madre, viéndole tan preocupado, le preguntó:

—¿En qué piensas, hijo mío? ¿Acaso en esa carrera de hoy?

—Sí, madre. Pero no te apures... Te prometí no volver a correr, y sabré cumplir mi promesa...

Entre tanto, las nubes de polvo gris se alzaban por encima del «Dorado» y del «Tyler Special», que paralelamente rodaban hacia Painted Hills.

Desde la altura, tanto Hardmere como Tyler y Lorraine, miraban hacia abajo con el ánimo en suspenso.

Tyler, el Don Juan, yendo con Lorraine en el aeroplano, vió cómo se marchitaba a ojos vistas su

amorío. Aquel trato forzado con una mujer a la que había galanteado por puro pasatiempo, le causaba tedio. La venganza de Hardmere había comenzado.

Lorraine, recordando lo que Hardmere había dicho de que arruinaría a Tyler, dijo algunas palabras de las que se desprendía que tenía temor de que perdieran la apuesta.

—No podemos perder—afirmó Tyler.—Lecker está a sueldo nuestro.

Pero un momento después, viendo que el «Dorado» corría más que el «Tyler Special», también tuvo el temor y dijo a Masters, que era quien guiaba el aeroplano:

—El «Dorado» sigue sacando la ventaja y avanzando como un rayo... ¿Nos habrá traicionado Lecker?

—No te apures. Le pagué bien... y ya sabe lo que debe de hacer.

En efecto, momentos más tarde, Lecker simuló una avería y dió lugar a que el «Tyler Special» se adelantara de un modo sobrado para no poder ser alcanzado.

El amigo de Hardmere, el que le acompañaba en el aeroplano, dijo a éste:

—El auto no tiene ninguna avería. La ha simulado el chófer. Sencillamente, lo que pasa es que nos ha vendido ese miserable de Lecker.

—Vuela rápido hacia Painted Hills—gritó Hardmere al que guiaba el aeroplano.—Allí tienen que descansar. Allí echaré a puntapiés, de mi auto, a ese canalla de Lecker.

II

En Painted Hills, ante la puerta de Jack, paró, para reparar pequeñas cosas, y para registrar la delantera que llevaba a su rival, ante un juez de la carrera que allí había, el auto de Tyler, que partió en seguida de nuevo, hacia la meta. Poco después, llegaba el «Dorado». Al mismo tiempo, Hardmere aterrizaba, lo que hizo exclamar a Tyler, que desde la altura lo observaba todo:

—Me temo que eche a Lecker.

—No lo creo—repuso Masters.—¿A quién iba a encontrar ahí para sustituirle?

Tyler no se engañaba. Hardmere, con palabras duras, arrojó del «Dorado» a Lecker, ante la estupefacción de todos.

El juez de la carrera interrogó con la mirada y Hardmere le repuso:

—Voy a cambiar de conductores.

—¿Cómo se llama el sustituto?

—No tengo aún sustituto... ¿Saben ustedes de alguien?—preguntó a las gentes del pueblo, que estaban reunidas a su alrededor.

—¿Por qué no deja usted que guíe mi patrón?—se adelantó a decir José.—Es un ex campeón... Sin duda habrá usted oído nombrarle... Es Darwin... Jack Darwin.

—Sí, en efecto, le he oído nombrar—dijo Hardmere.

Los tres *sabios*, adelantándose, dijeron:

—Todos los habitantes de Painted Hills estamos siempre dispuestos a apostar por Jack Darwin cuanto tenemos.

Hardmere, dirigiéndose a Jack, y en tono de ruego y de amistad, le dijo:

—Esta carrera tiene una importancia vital para mí, Darwin. Si quiere aprovechar la ocasión, suya es...

Jack miró a su madre. Hardmere, enterado de las causas que evitaban que Jack aceptara, habló también con la viejecita. Y ésta, sabiendo que proporcionaría a su hijo una gran alegría, le dijo:

—Ve, hijo mío, si quieres..., ¡y gana!

Jack, de un salto, subió al «Dorado». José le imitó, y el auto partió entre una nube de polvo, hacia la victoria.

Tyler, que vigilaba desde arriba, al ver lo que sucedía exclamó:

—Lo que yo me temía. Hardmere ha echado a Lecker. Es preciso impedir que el sustituto siga adelante, pues está visto que el «Dorado» corre más que el «Tyler Special».

A cien millas de Los Angeles, que era donde finalizaba la carrera, el «Dorado» se hallaba ya muy cerca de su rival. Por si esto no fuera bastante, el «Tyler Special» tuvo una pequeña avería, lo suficiente, sin embargo, para que el «Dorado» se le adelantara.

—¡Condenación!—gritó Tyler.—¡Mi neumático se ha desinflado!

Hardmere, al mismo tiempo, exclamó gozoso:

—Algo le ha ocurrido al coche de Tyler... Aquí le adelantaremos.

En efecto, un instante después el «Dorado» se adelantaba, y bastantes millas, al «Tyler Special».

Tyler exclamó:

—Se nos ha adelantado... ¡pero no llegará primero!

En tanto, Hardmere decía:

—Ya no puede alcanzarlo. Adelantémonos hacia Los Angeles, para presenciar la llegada.

El aeroplano en que iba Hardmere se adelantó,

en efecto, y pronto se perdió de vista. En cambio, el de Tyler simuló un aterrizaje, y antes de llegar a tierra empezó a volar sobre el auto que conducía Jack. Volando así, Tyler sacó un revólver y, apuntando contra Jack, disparó una y otra vez, inútilmente. Al fin, una bala dió en el hombro de nuestro protagonista, y el auto, al perder la dirección que le imprimía aquel brazo, viró y volcó al lado del camino. Afortunadamente, del vuelco, salieron ilesos Jack y José. Pero cuando pudieron reemprender la marcha, después de haberse Jack vendado la herida de cualquier modo, el «Tyler Special» se les había adelantado ya, y como la carrera tocaba a su fin, con seguridad de llevarse la victoria.

En Los Angeles, allí donde estaba la meta, había congregada una multitud esperando el resultado de la carrera.

La compañía cinematográfica «Diamond», queriendo aprovechar las escenas finales de la carrera para añadirlas a una película de asunto automovilístico que estaba fabricando en sus talleres, se había congregado allí, en primera fila, y el director daba las oportunas órdenes a los artistas, acerca de lo que tenían que hacer. La estrella, llamada Nadine la Monte, era la que tenía que procurar una escena vistosa.

El director, por último, le dijo:

—Escúcheme bien: el que gane la carrera, se detendrá allí (y señaló un sitio); apenas pare, usted corre a su lado, le echa los brazos al cuello, y le besa varias veces, con besos de mujer enamorada.

—Muy bien. No tendrá usted queja de mis besos.

Hardmere, que estaba ya allí, con amigos suyos de Los Angeles, vestido todavía de aviador, dijo:

—Mi «Dorado» venía delante... No debe tardar en llegar.

En esto, se vió llegar, veloz, un auto. Pero no era el «Dorado», sino el de Tyler. Viéndolo, uno de los amigos de Hardmere le dijo:



—¿Está usted loco, Hardmere? El que llega primero es el «Tyler Special»...

En efecto, era éste el que llegaba. Por mala fortuna para el director de la compañía cinematográfica, no paró donde él había previsto. Los artistas, naturalmente, se desorientaron y no hicieron nada. El, sereno, afirmó:

—Bueno... Es igual... El que llegue ahora sí que se parará ahí. Besa, pues, a quien lo conduzca —indicó a Nadine.

Llegó el «Dorado», conducido por Jack, y Nadine se apresuró a besarle y abrazarle, muy amorosamente, con gran sorpresa de nuestro protagonista. Hardmere corrió a decir algo duro a Jack, pero

éste ni siquiera se disculpó, buscando con la vista a quién le había disparado.

La llegada de Hardmere al lado del «Dorado» hizo que la escena no saliera tan bien como el director había previsto, lo que le hizo exclamar:

—¡Nos hemos fastidiado! ¡Aquel idiota vestido de aviador nos ha echado a perder toda la escena!

Y se lanzó sobre Hardmere para apartarlo de allí. Pero éste le rechazó de un empujón violento.

En tanto, Jack había descubierto a Tyler y, creyendo reconocerle, corrió hacia él y le dijo:

—Me parece que usted y yo nos hemos visto antes en otra parte, y... de ser así, le reservo una sorpresa.

Hardmere, que había seguido a Jack, creyendo que todo aquello era una comedia, dijo a éste:

—¡No venga ahora con pretextos! ¡Me ha hecho usted perder cien mil pesetas!

Jack, a quien no le parecía conveniente decir que había perdido porque le habían herido, se alejó de allí amargado, meditando el modo de recobrar su prestigio de campeón.

Hardmere dijo a Tyler, en cuanto Jack se hubo alejado:

—Podría declarar nula la carrera, Tyler, usted sabe por qué, pero prefiero doblar la apuesta en las próximas carreras de la Copa Vanderbilt.

Tyler, creyendo que Hardmere sabía lo de la herida de Jack, no se atrevió a rechazar aquella proposición. Quedaron, pues, de acuerdo en la apuesta de las doscientas mil pesetas. Tyler contaba con que le sería fácil encontrar modo de ganar, como en aquella ocasión lo había encontrado.

Jack, al separarse de Hardmere, se vió rodeado por todos los artistas de la compañía cinematográfica, especialmente por Nadine, a quien éste le ha-

bía sido muy simpático, por la impresión de ímpetu, de fuerza, de ingenuidad que daba su presencia.

El director, con gran amabilidad, le dijo:

—Venga usted a nuestros talleres, que necesitamos sacar algunos «primeros términos» de usted... ¡Esta película le hará famoso, amigo mío!... ¡Famoso!

Jack se dejó conducir sin resistencia. En el auto en que le hicieron subir, Nadine se sentó a su lado.

Tyler, que no le perdía de vista, llevó aparte a su agente Masters y le dijo:

—Lleva a la señora Hardmere al hotel. Yo voy a seguir al chófer que conducía el «Dorado». Temo que me haya reconocido, y, en ese caso, será preciso darle dinero para que calle...

III

Poco después, Jack estaba ya en los talleres de la compañía «Diamond». El director, cogiéndole por su cuenta, le presentó a un artista viejo y le explicó:

—Este señor es el padre de la protagonista... el cual le dará a usted un cheque por haber ganado la carrera... Apenas le entregue el cheque, usted abraza a la protagonista (y le presentó a Nadine) y le da un beso largo, muy largo... A ver si sale bien.

El artista viejo se sentó junto a una mesa y firmó un papel, que lo entregó a Jack. Este se dispuso a seguir la escena, abrazando a Nadine. Ella, gozosa, se le ofreció para el abrazo, presentándole los labios. En aquel momento, Jack, que estaba ya débil por la sangre que había perdido, fué víctima de un mareo y cayó al suelo. Naturalmente, cayó

como un desvanecido de verdad, lo cual hizo exclamar al director, dirigiéndose al que tomaba la fotografía de la escena:

—¡Magnífico! ¡Ojalá vuelva en sí y ojalá hayas sacado la escena en que cayó al suelo!

Nadine, viendo que Jack había caído enfermo de verdad, se apresuró a acudir en socorro de él. Al efecto, hizo que lo llevaran en seguida a su habitación y mandó a escape a llamar al médico de la compañía, que acudió sin tardanza y que en seguida descubrió la herida de Jack y la curó con acierto singular, haciendo después que volviera en sí y diciéndole:

—Tuvo usted suerte... La bala le atravesó sin tocar ningún hueso.

—Menos mal.

—Se pondrá usted bueno en pocos días.

El médico hubo de marcharse, llamado porque un hombre se había herido al dar un salto en una escena de otra película que estaban haciendo, y Nadine se acercó a Jack con una sonrisa divina en su boca y llevando del brazo a otra linda muchacha, que le presentó diciendo:

—Le presento a mi compañera, Marie Hardmere... También trabaja en películas... y vivimos en la misma habitación del hotel.

Jack saludó muy atentamente a Marie y estrechó la mano de Nadine con efusión. Luego llamó a su mecánico José, que estaba en un rincón de la estancia, y le dijo:

—Regresa a Painted Hills y cuéntale a mi madre y a todos los amigos el por qué he perdido la carrera. Yo me quedaré aquí a fin de tomar parte en las carreras de la Copa Vanderbilt... si consigo automóvil, para probar que a mí nadie me gana...

Nadine tomó parte en la conversación, diciendo a Jack, a tiempo que le miraba cariñosamente:

—En esa carrera debe haber pasado algo extraño. Oí lo que le decía a usted el dueño del automóvil que usted guiaba y oí lo que usted dijo al dueño del otro auto.

—Sí que ha ocurrido algo extraño, pero todo volverá a su cauce.

José salió para cumplir el encargo de Jack, y como Marie se despidiera también pocos momentos después, quedaron solos Jack y Nadine, los cuales cruzaron una mirada que fué una confesión ingenua y sencilla, como de adolescentes.

Tyler, que andaba por los alrededores procurando saber dónde estaba Jack, al ver salir de allí a José, sonrió complacido, pues que sin preguntar a nadie hallaba lo que buscaba. En cuanto el mecánico se hubo alejado, se apresuró a entrar él, creyendo que Jack estaría solo. Pero al abrir la puerta, se encontró de repente con Marie Hardmere, que, como hemos dicho, salía detrás de José. Ambos se reconocieron, y Tyler, galante, fué el primero en hablar, exclamando:

—¡Marie Hardmere! ¡Usted aquí! ¡Qué sorpresa! ¡Cómo había de pensar que había de hallarla en Hollywood! ¡Y es una verdadera delicia encontrarla aquí, tan lejos! ¡Una verdadera delicia!

Marie, sonriendo, repuso:

—Voy al hotel en que me hospedo. Puesto que tiene usted aquí su auto, lléveme. Hablaremos por el camino.

Aunque Tyler hubiese preferido quedarse allí para ver a Jack, que era su objeto, no se atrevió a rehusar la petición de Marie. Volvió, pues, al auto, en donde ambos subieron, encaminándose sin tardanza hacia la ciudad.

Después de breve charla sobre un sin fin de cosas, Marie dijo:

—Yo no volveré a casa de mi padre mientras mi madrastra esté allí.

—Hace usted bien—repuso Tyler hipócritamente.

Y añadió, después de un corto silencio:

—No sé por qué me parece que usted y yo vamos a ser muy buenos amigos.

—Sin duda. Es una alegría, tan lejos, encontrar a alguien que se ha conocido desde la niñez.

—Aparte de eso, usted es tan bella...

—Usted, Tyler, siempre tan galante.

—En esta ocasión, no es una galantería lo que he dicho. He hecho justicia a su belleza.

El diálogo siguió en este tono. También en el cuarto de Nadine, ésta y Jack hablaban amistosamente, pero de un modo más franco. En este caso, era un amor verdadero el que empezaba a nacer. Por parte de Tyler no había tal cosa, sino un nuevo plan surgido de modo imprevisto. A este plan iba a prestarse Marie, a quien Tyler, con aquella charla, le iba resultando muy interesante.

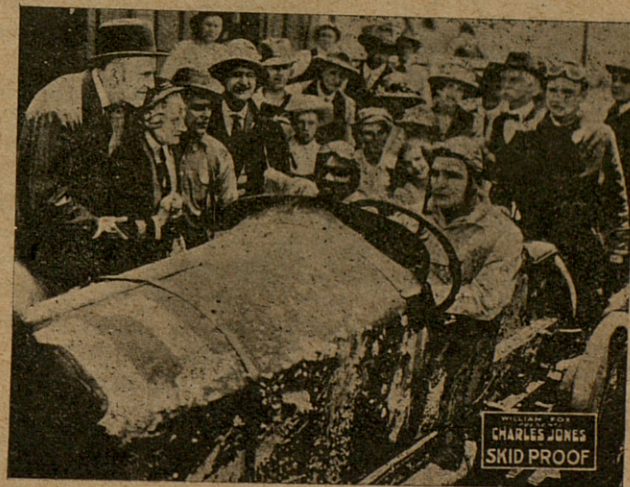
Al día siguiente, todos los habitantes de Pointed Hills se enteraron de los detalles de la carrera. José los informó, de modo pintoresco, de lo que en ella había ocurrido. La indignación de todos fué unánime. Especialmente los tres *sabios*, temblaban de cólera. El más viejo de ellos dijo a los otros dos:

—Muchachos: es preciso impedir que hagan una mala pasada a Jack en la próxima carrera... aunque tengamos que usar armas... Todo antes que le hagan perder con malas artes...

Y aquel mismo día los tres *sabios* partieron para Los Angeles, en compañía de José, dispuestos a que Jack ganara la Copa Vanderbilt, y a que nadie, con trampas, lo impidiera.

IV

Algunos días después, y cuando ya se acercaba el de la carrera, Jack se encontraba restablecido de su herida y gozoso de verse al lado de Nadine, que también estaba muy alegre. Para ambos, la vida



se presentaba en un nuevo aspecto, muy encantador por cierto. Y aunque aun no se habían hecho confesión plena de su amor, los dos sabían que se amaban, y les bastaba la certeza que tenían de ello.

Los tres *sabios* y José, por su parte, le hacían objeto de toda clase de atenciones, que a él le llenaban de alegría. Los cinco estaban trabajando para que Jack pudiera tomar parte en la carrera, cosa no fácil, pues ningún fabricante se decidía a confiarle un auto, sabiendo que había perdido con el «Dorado». Esta era la única cosa que amargaba la

vida de Jack en aquellos momentos. Una mañana, cuando ya desesperaba de todo, reunido con sus amigos en la habitación que ocupaba en un hotel, les dijo:

—Por más que he solicitado por todas partes, ningún fabricante me deja guiar su auto en las carreras de la Copa Vanderbilt.

—Pues, es preciso que tomes parte en ellas, sea como sea.

—La única esperanza que me resta, es correr con un coche mío.

—Lo tendrá—dijo el más viejo de los *sabios*—y tomará parte en esa carrera... y la ganará, Jack... *Es preciso.*

En tanto que ocurrían todas estas cosas, en el hotel Clarendon, que era adonde había sido llevada por Masters, Lorraine derramaba amargas lágrimas, pues apenas si, desde que habían llegado allí, Tyler le hacía caso.

En aquel hotel, precisamente, y en una habitación muy cercana, vivían Marie y Nadine. Y Tyler no salía de allí, en donde pasaba horas y horas hablando con la hija de Hardmere. Se veía que ya su plan tocaba a su fin, pues la charla era cada vez más íntima y recatada. A Nadine, Tyler le era muy antipático y así se lo había dicho a su amiga, pero ésta no le había hecho el menor caso. Lorraine nada sabía de la estancia allí de Marie, ni de las relaciones de Tyler con ella.

Aquel día, cuando se hallaba aquella frívola mujer en un momento de gran amargura, entró Tyler. Ella, poniéndose en pie, dijo con voz segura y llena de reproches:

—En los días que llevamos aquí, siempre me dejas sola en este hotel... Aun no he salido ninguna noche. ¿Qué es lo que te propones? ¡Yo no estoy dispuesta a soportar más esta situación!

—Pues yo estoy tan cansado de esta situación como tú...—repuso Tyler con gran frialdad.—Y tú eres quien, al fin y al cabo, tiene la culpa de todo.

Ella, colérica, no supo qué contestar, tantas palabras atropelladas acudían a su mente. Miró a Tyler con odio y con desprecio, y éste, indiferente, se dispuso a salir.

Pero al abrir la puerta, vió a Hardmere, acompañado de un desconocido, y volvió a cerrar, temeroso de que su enemigo le viese.

Aquel desconocido era el detective que había ido a buscar a Marie, el cual acababa de hacer una inspección en el cuarto que ocupaba la muchacha y seguro ya de su paradero allí, iba diciendo al padre:

—¿No le dije que estaba seguro del resultado? Ya sé dónde está su hija... y la llevaré a su lado esta misma noche. Le advierto que ha sido muy difícil seguir la pista de su hija, que está loca por el cine...

En tanto, Tyler, después de haber cerrado la puerta, decía a Lorraine:

—¡Ya estoy harto del sistema de espionaje de Hardmere! ¡Me tiene en una tensión nerviosa insufrible! ¡Lo mejor será que terminemos de una vez!...

Lorraine, herida, contestó:

—Por mí... ¡hemos terminado!

Era lo que Tyler esperaba, para tener la ventaja de poder decir siempre que suya no había sido la culpa. Así, pues, salió sin decir nada más, y con clara intención de no volver. Lorraine se arrojó sobre una butaca dirigiéndose a sí misma toda clase de injurias por lo que había hecho en aquella ocasión.

Nadine, oyendo pasos que se acercaban a la habitación en que estaba con Marie, dijo:

—Ya está aquí otra vez ese Tyler. Y otra vez saldrás a paseo con él. Eso no me agrada, te lo digo como lo siento.

—No hables así de él, Nadine. Es muy simpático... Y me parece que me quiere... Por lo menos, así me lo ha dicho...

—Se dice tan fácilmente eso...

Antes de entrar en aquella habitación, Tyler se encontró con su ayudante Masters, al que dijo:

—Hardmere me sigue persiguiendo, pero le voy a dar un buen chasco...

—¿Cómo?

—¿Qué cómo? ¡De una manera muy sencilla! ¡Casándome con su hija!

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Esta misma noche Marie será mi esposa!

Dicho esto, se despidió de su compinche y entró en la habitación, donde Marie le recibió con gran contento. En seguida salieron a pasear.

A la misma hora, Jack y sus amigos se hallaban buscando un auto para comprarlo con el dinero que reunían entre todos, que eran veinte mil pesetas. En una casa constructora hallaron un buen coche de carreras y entraron decididos a adquirirlo. Pero el encargado de venderlo, les dijo:

—No puedo cedérselo por veinte mil pesetas... No puedo de ningún modo. Tengo instrucciones de no vender este coche por menos de veinticinco mil pesetas, y al contado.

Como entre todos no tenían más que veinte mil, renunciaron a seguir buscando ningún otro coche. Jack, apenado, pidió permiso para telefonear. Iba a decir a Nadine lo que sucedía. Después, pensándolo mejor, escribió un pliego de papel y lo envió con José. Le decía a la buena muchacha: «Nadine: No puedo comprar auto, de modo que no me

queda más recurso que renunciar definitivamente a la carrera. Volveré a Painted Hills. Adiós. — Jack.»

José llegó pronto, con esta misiva, a casa de Nadine, que le preguntó detalles de los pasos que habían dado para adquirir auto.

José le explicó:

—Hay un auto de carrera magnífico en casa del fabricante Wilson... Pero quieren veinticinco mil pesetas y Jack y sus amigos sólo tienen veinte mil...

Nadine despidió a José y se vistió en seguida para salir. Poco después estaba en la casa de Wilson, donde firmó al dependiente un cheque por valor de cinco mil pesetas, diciéndole:

—No quiero que el señor Jack Darwin sepa que yo he hecho esto. Teléfonole diciéndole que el dueño se lo cede en las veinte mil pesetas, en gracia a que es para tomar parte en la carrera de mañana.

En tanto, José, al volver para reunirse con Jack, pasó por ante un bar en cuya puerta había un gran cartelón que decía: «Baille de resistencia. Sólo para negros. Cinco mil pesetas de premio.»

Decidido, entró y se puso a bailar, esperanzado en ganar aquellas cinco mil pesetas, que eran las que faltaban para comprar el auto.

El dependiente de Wilson, delante de Nadine, llamó al teléfono del cuarto de Jack en el hotel. En aquel momento, Jack y los tres *sabios*, con las maletas ya preparadas para partir hacia el pueblo, abrían la puerta para salir. Al oír el timbre, Jack acudió y oyó que le decían:

—El dueño ha cambiado de opinión... Está dispuesto a dejarle el auto en las veinte mil pesetas, seguro de que usted mañana lo acreditará ganando la carrera...

Jack dió un brinco de alegría, que sorprendió a sus amigos, a los que explicó lo que acababan de decirle.

Volvieron, pues, a dejar las maletas, contentos todos. Luego, se dispusieron a ir a recoger el coche. Antes de salir, Jack corrió al teléfono y llamó a Nadine. La muchacha acababa de regresar en aquel momento y esperaba la llamada.

Jack le dijo:

—Mi suerte ha cambiado... ¡Ya tengo el auto que había en casa de Wilson! Vamos ahora a recogerlo. Vaya usted allá y lo estrenaremos.

Tyler, aquella misma hora, en un restaurante, decía a Marie:

—Eres una muchacha como ninguna. Vamos al hotel. Preparemos nuestras maletas, busquemos la licencia matrimonial y vamos a casarnos hoy mismo.....

—Vamos—dijo ella, decidida.

Salieron, montaron en el auto de Tyler, que estaba en la puerta, y partieron hacia el hotel.

También Jack, en casa de Wilson, en cuanto llegó Nadine, le dijo:

—Quiero que la primera vez que guío este auto, sea en su compañía. La voy a llevar al hotel.

Un momento después llegaban. Paró Jack su auto detrás del de Tyler, que estaba allí, y él y Nadine empezaron a subir la escalera, mirándose con amor.

V

Al entrar en la habitación de Nadine, ésta y Jack se sorprendieron mucho de hallar allí, revolviéndolo todo, pues Marie estaba preparando sus maletas, a aquella pareja. Nadine supuso lo que

aquello significaba; Jack no, pues que nada sabía. Y como era aquella la primera vez que volvía a encontrarse con Tyler, se dirigió a él, muy seriamente, y le dijo:

—Ahora ha llegado el momento de que me ex-



plique usted los balazos que me disparó desde el aereoplano hace unos días...

Tyler palideció, pero simuló serenidad, sonriendo, y dijo a Marie:

—Espérame en el auto, sólo un momento. Tengo que arreglar un asunto particular con el señor Darwin.

Marie salió y Nadine, queriendo evitar que su amiga huyera, la siguió. Quedaron, pues, los dos hombres solos. Nadine, bajando por la escalera con su amiga, le decía:

—¿Qué vas a hacer, Marie?

—El señor Tyler y yo vamos a Meadowbrook a casarnos... ¡Es inútil que trates de detenerme!

—¿Pero acaso conoces a ese hombre lo suficiente para casarte con él? ¿Sabes siquiera quién es?

—Le conozco desde mi niñez.

—¿Y cómo hasta ahora no te había dicho nada? ¿Quién sabe cuáles serán sus intenciones!

—Le quiero, Nadine, eso es todo.

—Quizá te engañes y tomes por cariño lo que en el fondo no lo sea. Si estuvieses con tu padre, meditarías más este acto.

—Es probable. Pero ahora, ya estoy decidida y es inútil todo lo que me digas.

Así llegaron a la puerta y se dispusieron a esperar.

Arriba, Tyler, con cinismo, se preparaba para tomar un arma que en otras ocasiones le había dado excelente resultado. Dijo, sonriendo, a Jack:

—No se excite, Darwin.... ¿No le parece que con unas mil pesetas puede arreglarse todo?

Jack, que no esperaba aquella indigna proposición, tembló de cólera. Y antes de que Tyler se diera cuenta de ello, le dió tan terrible bofetada, que le arrojó al suelo, lejos, en un rincón de la estancia.

Ciego de ira, se levantó aquel hombre, y Jack, que esperaba que se levantase dispuesto para la lucha, se lanzó de nuevo sobre él. Pero Jack era un hombre que luchaba lealmente, y Tyler, en aquello como en todas las cosas, era un mal hombre que usaba recursos malvados. Pronto, por lo tanto, Jack quedó poco menos que fuera de combate, y Tyler, aprovechando aquel momento, huyó escaleras abajo para huir con Marie.

Nadine, al verle aparecer, hizo una nueva reflexión a su amiga, que le contestó:

—Le amo, Nadine..., y me casaré con él dentro de unas horas...

Tyler subió al auto después de haber subido

en él a Marie, y partió veloz, temeroso de que Jack bajara y lo impidiera.

Nadine corrió escaleras arriba y halló a Jack en el suelo, casi sin conocimiento. Se apresuró a prestarle su ayuda y su consuelo, que Jack recibía con el alma henchida de amor y de agradecimiento.

En aquel mismo instante, Hardmere y el detective llegaban al hotel, dispuestos a recoger a Marie. Al efecto, el detective decía:

—Dentro de un instante verá usted a su hija.

Ya sabemos que el detective se engañaba, pero él se dirigía muy ufano a la habitación de Nadine. Sin pedir permiso, abrió la puerta. Su sorpresa fué grande cuando vió que allí había dos personas que no eran las que buscaban. Jack acababa de recobrar por entero su ánimo y desprendiéndose de los brazos de Nadine, exclamó:

—¡Voy tras Tyler!

Hardmere, en aquel mismo instante, preguntó:

—¿Dónde está mi hija?

—Acaba de irse con Tyler para casarse esta noche.

Hardmere corrió detrás de Jack, pues que le había oído decir que iba en persecución de Tyler, para acompañarle.

Llegó a la puerta cuando Jack ponía en marcha su auto. Dé un salto, el fabricante montó en el coche, que, dirigido por las hábiles manos de Jack, desapareció en seguida por la carretera que un poco antes había tomado Tyler, hacia Meadowbrook, el sitio donde más fácilmente se celebran los matrimonios...

Hardmere, animando a Jack, le decía:

—Darwin, si me lleva usted allí a tiempo, le dejaré mañana que gule mi «Dorado» en la carrera.

Jack, que no necesitaba estos ánimos, volaba.

Llegó a Meadowbrook sólo un momento después que Tyler y Marie. Pero como allí se necesitaban tan pocas formalidades para las bodas, ya ésta iba a celebrarse. Sin embargo, Hardmere irrumpió en la estancia del pastor en el momento en que Tyler iba a colocar el anillo a Marie, impidiéndolo con un grito que hizo temblar a Tyler, por efecto de lo cual el anillo cayó al suelo. De no ocurrir esto, la boda se habría celebrado a pesar de todo.

En seguida, Hardmere gritó de nuevo:

—Primero, mi mujer... Tyler... y ahora, mi hija... Voy a matarle...

Y sacó su revólver y disparó. Pero Jack, que entró en aquel momento, le dió un golpe en el brazo y desvió la puntería. La bala fué a clavarse en el techo. Tyler, saltando como un galgo, salió por la puerta. Marie se desmayó en los brazos de su padre. Jack acudió a socorrerla en el primer momento y luego, cuando vió que no era muy precisa su ayuda, salió en persecución de Tyler. En pocos momentos, de tal modo volaba, se adelantó hasta alcanzar así a su enemigo. Este, viéndose perdido, se ocultó en un rincón que hacía la carretera en pleno bosque, dejó que se adelantara Jack, y cuando pasó, se le lanzó tras él, echándole su auto encima y haciendo que el de Jack rodara por una pendiente honda y pronunciada.

El auto de Jack se incendió. Jack quedó mojado. Arrastrándose, subió de nuevo hasta la carretera. El propietario de una granja de las cercanías le recogió, le llevó a su finca y entre él y su mujer le curaron las diversas, aunque pequeñas, heridas que tenía en todo el cuerpo, especialmente en la cabeza, que le vendaron con mucho cuidado.

VI

A la mañana siguiente, Lorraine halló en su cuarto una carta que Tyler le había dejado la noche anterior, cuya carta decía: «Querida Lorraine: Cuando leas estas líneas, ya me habré casado con Marie Hardmere. Estoy seguro de que me felicitarás. — Rufus.»

Lorraine tembló de ira y empezó a dar vueltas por su estancia, meditando un plan de venganza por aquella burla.

En otro lugar, o sea en el bar, se acercaba el término del «baile de resistencia» y sólo quedaban dos parejas disputándose el premio. Uno de los que aun bailaban era José, que estaba decidido a ganar las cinco mil pesetas para poder, en compañía de Jack, tomar parte en la carrera.

Y en otro lugar, o sea en la granja donde Jack había sido curado, éste, al despertarse, empezó a recordar vagamente lo que tenía que hacer aquel día. Y cuando se despertó del todo y recordó por completo, se arrancó las vendas que le cubrían la cabeza, saltó de la cama, salió de la estancia con gran asombro de los granjeros que no le querían dejar marcharse en aquel estado, salió a la calle, montó en el auto del granjero, que estaba en la puerta, y partió hacia la ciudad, indiferente a los gritos del dueño de la granja que protestaba de que se llevara su auto.

Faltaba una hora para el comienzo de la carrera y Jack se hallaba a veinte kilómetros de distancia y con un auto que no podía correr mucho so pena de destruirlo, que sería peor.

En el velódromo de Beverley Hills, lugar donde la carrera debía celebrarse, ya estaba reunida

una multitud extraordinaria, de la que formaban parte todos los fabricantes de automóviles del país, pues que la carrera por la Copa Vanderbilt es el más importante acontecimiento automovilístico, y el de mayor resonancia. El auto de carreras que gana esa copa, proporciona a su fabricante unos cuantos millones.

Cuando ya se iba acercando la hora de la salida, cada auto iba colocándose en su puesto y preparándose para procurar hacer el recorrido de una vez, sin averías. Tyler, en su puesto, daba órdenes, y como su chófer se negara a última hora a guiar el auto, temeroso de que alguna trampa de su patrón le llevara a la cárcel, Tyler declaró que guiaría él mismo.

Hardmere, entretanto, al lado de su «Dorado», se desesperaba de ver que Jack aun no había acudido, ignorante de lo que había ocurrido la noche anterior a nuestro protagonista.

El juez de la carrera se acercó a Hardmere y le preguntó:

—¿Quién guiará su auto?

—Jack Darwin.

—¿Dónde está?

—Aun no ha llegado. Pero todavía falta un cuarto de hora para empezar y Jack vendrá sin duda en ese tiempo.

En aquel momento, los periódicos publicaron un extraordinario con el nombre de los corredores. Un vendedor entró en el bar donde José bailaba y éste, viendo que Jack figuraba entre los corredores, juzgando que ya no hacían falta las cinco mil pesetas, abandonó a su pareja y salió corriendo hacia el velódromo.

Los tres *sabios*, viendo que el propio Tyler iba a guiar su auto, se acercaron a él y le dijeron:

—Queremos advertirle que la gente de Painted

Hills va a vigilar la pista... Y qué venimos armados.

La carrera iba a empezar y Jack aun no había llegado.

—¿Quién va a guiar su auto? —preguntó de nuevo el juez a Hardmere.



Este miró a todas partes, sin responder.

De pronto, vió un auto que se acercaba. •Supuso que era Jack.

—Allí viene el chófer—contestó.

En efecto, era Jack, que en seguida montó en el «Dorado». Un momento después, saltando por entre la multitud, se presentó José, que montó al lado de Jack. Era la hora, y los autos partieron veloces, a la conquista de la mayor celebridad.

Y hasta en Painted Hills se supo, por medio de la radiotelefonía, el momento en que la carrera había comenzado.

Jack, que tantas cosas se jugaba en aquella

carrera, volaba como una centella. Cuando llevaban corridos, en varias vueltas, ciento cincuenta kilómetros, Darwin y Tyler habían dejado atrás a todos los demás coches y luchaban entre sí por obtener el primer puesto. Era visible que lo conquistaría Jack con el «Dorado». Tyler mismo así lo comprendía y se desesperaba, imaginando algo para impedirlo. El había creído que Jack había muerto la noche anterior y estaba seguro de ganar él, pues el «Dorado», guiado por manos menos expertas, no correría tanto como dirigido por Jack.

En la primera vuelta, después de estar solos Tyler y Jack, disputándose el primer puesto, Jack tuvo que parar para cambiar un neumático y Tyler se le adelantó bastante. Pero pronto aquella distancia fué amenguada de nuevo, tanto, que la gente comentaba:

—¡Mirad cómo vuela el «Dorado»!

Jack corría a ciento quince kilómetros por hora. En la vuelta que siguió al cambio de neumático, corrió mucho más, batiendo todos los records mundiales. Tyler se esforzaba por mantener la ventaja, pero inútilmente. Darwin, con una seguridad pasmosa, se le adelantó. Todo el público se dio cuenta de ello, y se oyó un murmullo de admiración. Nadine, que estaba entre el público, se sintió feliz, plenamente feliz. Lloraba y reía y esperaba el final de la carrera para correr a abrazar a Jack y decirle, ya sin rodeos, que le amaba y que se sabía amada...

Pero aun faltaban varias vueltas para el final de la carrera, y Tyler, que no se resignaba a perder, procuró evitar, impidiendo el paso a Jack, que éste siguiera su ruta. Para ello, escogió los lugares más lejanos del público. Pero en aquellos lugares estaban, en sitios estratégicos, los tres sabios, que dándose cuenta de la maniobra de Tyler,

empezaron a dispararle sus pistolas sin ningún reparo. Sin embargo, no fueron ellos los que evitaron su sucio juego. Fué Lorraine la que lo impidió. Esta indignada, había acudido a la carrera, en aquel preciso momento, pero no adonde el público, sino a un lugar apartado. Y al pasar Tyler por frente a ella, le disparó, hiriéndole. No pudo correr más, y Jack, que ganaba, fué el triunfador.

Rodeado de curiosos y de admiradores, Jack buscaba un rostro amado, el de Nadine. Cuando la vió a su lado, la montó en el auto y partió con ella. También iba José. Pero Jack procuró que bajase en una revuelta. Y ya solos, besó con fervor los labios de aquella buena muchacha, que le devolvió los besos con igual pasión. Estallaban, como cohetes, en sus bocas jóvenes y apasionadas.

FIN

Títulos de los cuadernos publicados

1. Robín de los bosques.—2. El sello de Cardiff.—3. La agonía de las águilas.—4. La casa del misterio.—5. Día de paga.—6. Una carrera en Kentucky.—7. El flirt.—8. Chiquilín y Chiquilín hospiciano.—9. Theodora.—10. ¡Qué tontos son los maridos!—11. Señal de amor.—12. Distracción de millonario.—13. La Duquesa Misterio.—14. Las apariencias engañan.—15. El triunfo de la vía férrea.—16. El excéntrico.—17. Amor de antaño.—18. Coda de en apariencia.—19. El sello del silencio.—20. Su Majestad el Americano.—21. La voluntad de un hombre.—22. Besada.—23. Parodia de «Los tres mosqueteros».—24. Retribución.—25. Matrimonio accidentado.—26. Abnegación de madre.—27. Hora terrible.—28. El desquite de Garrison.—29. El juramento.—30. La Bohème.—31. El gatito montés.—32. Bajo la nieve.—33. Como un cuento de hadas.—34. Vidocq.—35. Las dos huérfanas.—36. Tess, en el país de las tempestades.—37. Violetas imperiales.—38. La seducción de Afrodita.—39. Las dos tormentas.—40. Los amores de un príncipe.—41. Los dos sargentos franceses.—42. La eterna llama.—43. A galope tendido.—44. La muchacha que yo amaba.—45. Un frac para dos.—46. Salomé.—47. El viejo nido.—48. Una noche misteriosa.—49. Chiquilín, artista de circo.—50. Susana.—51. La razón de vivir.—52. ¡Terror!—53. La rosa de Flandes.—54. La diosa verde.—55. El rey del radio.—56. Cazando el amor.—57. Entre naranjos.—58. De mala suerte.—59. El triunfo del amor.—60. Las tres ilusiones.—61. Con la corriente.—62. La dama del baño perfumado.—63. Venganza japonesa.—64. Casi una señora.—65. Si llega el invierno.—66. Precocidad infantil.—67. Oropel.—68. Amor al rojo.—69. El niño mimado.—70. Mano de Hierro.—71. El vencedor.—72. ¿Por qué cambiar de marido?—73. Una esposa leal.—74. En el palacio del rey.—75. El telegrafista del pueblo.—76. El árbitro.—77. Tres solterones discretos.—78. Vida de casados.—79. Peligro a la vista.—80. Tontos y riquezas.—81. La condesa Roberto.—82. Todo un hombre.—83. Contra soberbia.—84. El triunfo del honor.—85. Las sirenas de Nueva York.—86. La odisea de una reina.—87. Doble engaño.—88. El valle del lobo.—89. El desconocido.—90. Pedro el Grande.—91. Nuestra Señora de París.—92. Error judicial.—93. Como una rosa.—94. Acero y voluntad.—95. A ciegas por el hielo.

Precio de cada ejemplar, 25 cénts.

FIGURINES DE MODAS

Se venden en los establecimientos de venta de libros y en las librerías de la ciudad.

Figurines de Modas. Se venden en los establecimientos de venta de libros y en las librerías de la ciudad.

Se venden en los establecimientos de venta de libros y en las librerías de la ciudad.

Se venden en los establecimientos de venta de libros y en las librerías de la ciudad.

Se venden en los establecimientos de venta de libros y en las librerías de la ciudad.

FIGURINES DE MODAS

Les más elegantes, les más prácticas, les preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal	Anual	10'—ptas.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— »
Blouse Ideal.	»	2'50 »
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 »
Ideal Parisiën	Mensual	3'— »
Joie des Modes de Paris. . .	Temporada	4'— »
Mateaux et Costumes de		
Promenade	»	3'— »
Mode de Paris.	»	3'— »
Mode Nationale	Mensual	1'25 »
New Ladies Fashions	10 veces año	6'— »
Patrons Favoris Dames. . .	Temporada	3'— »
Patrons Favoris Ceremonies	»	5'— »
Patrons Favoris Blouses . .	»	5'— »
Patrons Favoris Enfants . .	»	3'— »
Patrons Favoris Lingerie . .	»	5'— »
Patrons Favoris Gentlemens		
Fashions	»	5'— »
Patrons Favoris Tailleur . .	»	5'— »
Patrons Favoris Travestis. .	Anual	5'— »
Paris Chic	Mensual	5'— »
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 »
Toilettes Modernes	»	2'25 »
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 »
Tres Chic	»	4'— »

Estos títulos no necesitan encomio: figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones

Mundial, Barbará, 15. Apartado 925 — Barcelona